

Los ricos más ricos de El Salvador¹ y “El: economista”

La riqueza no es para guardarla calladamente sino para exteriorizarla, para lucirla, para hacerla brillar y sonar hasta cegar y ensordecir. De ahí el colorín, la velocidad, el ruido y el tufo; de ahí la necesidad de la chusma que aplauda, que coree, que admire y envidie
(Daniel Cosío Villegas, México y Estados Unidos, 1947).

Desde hace algún tiempo, *La Prensa Gráfica* se ha dado a la tarea de publicar un suplemento titulado “El: economista”. A primera vista, este suplemento deja la impresión de ser una publicación dedicada a promover la imagen de los hombres más ricos de El Salvador —las mujeres ricas no solo son menos, sino que también cuentan menos, en los círculos de poder económico— como personalidades del saber. No solo proyecta hombres a quienes gusta el saber, por ejemplo, como promotores o mecenas, sino que ellos mismos serían agentes de saber. Los hombres ricos de ahora, a diferencia de los de antes, a quienes el saber no interesaba mucho, quieren proyectar una imagen no tanto de intelectuales, sino de académicos, de personas con títulos que, además de ocupar puestos de dirección, en las instituciones académicas —de los cuales son fundadores y principales directivos—, pretenden hablar (y escribir) con la seriedad de los científicos.

No es cualquier ciencia la que les gusta, sino una en particular: la ciencia económica, esa ciencia de la cual —en algunas de sus versiones— han

sabido hacer buen uso para que el engranaje de sus negocios funcione mejor, es decir, les arroje mayores beneficios. La ciencia política —algunas versiones de ella— a ratos parece llamar su atención, pero, por lo menos hasta ahora, es la economía la que los tiene embelesados. “El: economista” es, en este sentido, una plataforma para que los ricos más ricos de El Salvador se promuevan, al menos al nivel de imagen, como hombres de saber. Es una forma de legitimar sus privilegios y su ascendencia sobre el resto de la población salvadoreña. El mensaje dirigido a la sociedad afirma que los que tienen estos ricos —esto es, muchos millones— es porque saben y se codean con los que más saben: los y las economistas. No con todos, sino con aquellos que han encontrado acomodo en el círculo de los que ahora creen que el saber es algo que por, ser ricos, es su patrimonio exclusivo.

La importancia de “El: economista” no se agota en esta imagen del saber. Los reportajes acerca del éxito de algunos de los empresarios más ricos del país, muestran la distancia abismal entre ellos y la mayoría de la población salvadoreña. Definitivamente

1. La expresión “los ricos más ricos de El Salvador” es de María Dolores Albiac, quien publicó un estudio con ese título en *ECA* (612, octubre de 1999, pp. 841-864). Este estudio está recogido en R. Cardenal y L. González (comp.), *El Salvador: la transición y sus problemas*. San Salvador, UCA Editores, 2002, pp. 153-186.

vamente, esos empresarios viven en otro mundo. Es un mundo que quien no cuenta con lo mínimo para sobrevivir no se puede imaginar. En El Salvador hay, sin duda, dos países: el de unos pocos ricos, donde las ganancias se cuentan por millones, y el del resto, donde los ingresos para vivir son escasos, donde las deudas son agobiantes y donde la opción para sobrevivir es dejar a la familia y emigrar a Estados Unidos. Aunque en “El: economista” los salvadoreños comunes no son los protagonistas, cuando habla de las ganancias de algunos de los hombres más ricos del país (junto con sus empresas) habla también —sin pretenderlo— de la distancia infranqueable que existe entre ellos y la mayoría de salvadoreños.

Para muestra, un botón. En la edición del martes 21 de julio de 2005, “El: economista” presta atención (ensalza y alaba) a dos figuras representativas de dos de los sectores más ricos del país: Mauricio Samayoa, presidente del *Banco Cuscatlán*, y Carlis Boza, vicepresidente ejecutivo de *Poma Automotriz*². Los dos reportajes destacan el papel de los dos, en el éxito de sus respectivas empresas, sin obviar los datos básicos que dan fe de dicho éxito. El *Banco Cuscatlán* es descrito como “el jaguar [que] saltó con más ganas para comerse al mundo”, y, en consecuencia, pone de relieve su expansión en Centroamérica, Panamá y Estados Unidos, y el aumento de sus activos, que alcanzaron, en marzo de 2005, los 5 527 millones de dólares. Asimismo, muestra la expansión de la empresa automotriz de la familia Poma, la cual controla la distribución de importantes marcas de vehículos (en 2004, colocó 15 mil unidades), informa de su expansión en Nicaragua y sus perspectivas en Panamá. En definitiva, se trata de empresas exitosas, en “todo terreno”, para cuyos propietarios el problema no es cómo pagar el último recibo de luz o agua, o cómo llegar al fin de mes con algo para comer, sino cómo seguir engordando sus

ya voluminosas ganancias. “El: economista” se encarga de restregar, en la cara, a la mayoría de la población salvadoreña, para la cual, ciertamente, pagar un recibo, o incluso comer, es un gran problema, que en el país hay unos cuantos privilegiados que nadan en la riqueza y la abundancia.

Ahora se habla de bonanza económica, avalada incluso por importantes funcionarios de la banca internacional, como Agustín Carstens —jefe de una comisión del Fondo Monetario Internacional, que visitó recientemente el país—, quien sostuvo que las estadísticas gubernamentales no reflejan lo bien que está la economía³. Tanto es así que, según Carstens, “El Salvador es un país fuerte, encaminado en la dirección adecuada y que se ha preparado para el TLC”⁴. Estas no son solo las apreciaciones de un extranjero, puesto que funcionarios y empresarios salvadoreños sienten que “vamos por buen camino” (Guillermo López Suárez, Ministro de Hacienda)⁵ y que “el ritmo de la economía es más fuerte” y vigoroso (Rodolfo Schildknecht, presidente del *Banco Agrícola*)⁶.

Si los que se dedican a ganar dinero a montones dicen que la situación económica del país es bonancible, existen pocas razones para no creerles. Sin embargo, se trata de la bonanza de empresas y grupos como el *Banco Cuscatlán* y la familia Poma. No hay que olvidar que, mientras tanto, decenas de salvadoreños buscan a diario cruzar la frontera con Estados Unidos, porque en el país no encuentran empleo ni oportunidades. Pero es que, aunque hubiera dificultades, siempre les iría bien, porque las crisis son para que otros —los de siempre— las sufran. Los ricos más ricos de El Salvador lo son porque han aprendido (con ayuda estatal, por cierto) a expandir sus negocios, cuando la situación ha sido propicia, así como a cargar sobre las espaldas de la sociedad el impacto de las coyunturas económicas desfavorables. En resumen, han aprendido a salir ganando siempre. En su lógica,

2. La edición del 26 de julio está dedicada a destacar lo bien que les va a 25 líderes empresariales —una parte de los 108 278 empresarios salvadoreños, es decir, al 4.3 por ciento del total de la población que trabaja—, considerados como los más talentosos y enérgicos, son “los emprendedores”. No solo es importante, según “El: economista”, lo que tienen, sino cómo se ven y lo que usan para proyectar una imagen exitosa ante el resto de la población, es decir, ante quienes nunca en su vida podrán comprar un reloj *Rolux* o un automóvil *BMW*.
3. Cfr., “FMI cuestiona las tasas de crecimiento. Cree que no reflejan el avance de la economía”. *La Prensa Gráfica*, 8 de julio de 2005, p. 45.
4. “FMI pide nuevas reformas”. *El Diario de Hoy*, 7 de julio de 2005, p. 40.
5. “FMI cuestiona las tasas de crecimiento...”.
6. ““El ritmo de la economía es fuerte””. *El Diario de Hoy*, 20 de julio de 2005, p. 38.

la teoría del rebalse está hecha para engañar a incautos; no retribuyen a la sociedad en épocas de bonanza económica, sino que concentran más la riqueza, y no asumen la carga más pesada de las repercusiones de las crisis económicas.

Estos son los empresarios exitosos a quienes "El: economista" dedica sus reportajes y así promueve su imagen, en sus páginas. Son parte de otro mundo; es otro mundo opuesto al de la mayoría de la población salvadoreña. Entre ellos y esa mayoría hay una distancia casi insalvable, en oportunidades, opciones de vida, consumo, alimentación, salud, esparcimiento, etc. Ellos se saben parte de otro mundo; saben que a ese mundo nunca tendrá acceso la mayoría de salvadoreños, porque en el momento que ello suceda, su mundo de sueños, convertido en realidad, desaparecería. Quizás, en su visión, la única forma en que esto puede ser evitado es con el aumento y la concentración de la riqueza, de modo que su distancia entre ellos y el resto —la mayoría— sea cada vez más infranqueable.

Aunque a muchos no les guste, ciertas versiones de la ciencia económica y ciertos economistas están al servicio de ese otro mundo, en el cual la riqueza y el consumo ostentoso son lo más importante. Esa economía y esos economistas, ellos y ellas, tienen como tarea primordial proporcionar un presunto fundamento científico al engranaje económico, que permite que unos pocos concentren, de una forma abusiva, la riqueza del país. Los y las sirven a ese mundo y a esa economía; el mundo del resto, el de esos a quienes, día a día, les cuesta sobrevivir con un salario magro o con unos ingresos ínfimos, obtenidos con tres o cuatro actividades, no es algo que preocupe a quienes han hecho de la ciencia económica una sierva del poder. Los sin poder son, a lo sumo, una variable más, leída en función del modelo económico —un modelo que excluye a amplios sectores sociales—, cuya salud es lo máspreciado. Precisamente, al cuidado de esa salud se deben esos y esas economistas, quienes se han olvidado de las raíces éticas de su especialidad.

En fin, si se lee con una mínima dosis de criticidad, mucho de lo anterior sale a relucir desde las páginas de "El: economista". Pero también sale a relucir algo más: el mito del empresa-

rio, quien se hace rico (o más rico) por obra y gracia de sus habilidades, por su capacidad para asumir riesgos y por su osadía. Es decir, el mito del capitalista visionario que, con solo sus energías, se lanzó a la aventura para "competir contra el mundo". Se trata de un mito y nada más. Porque, en realidad, los ricos más ricos de El Salvador han amasado enormes fortunas gracias a la complicidad del Estado, en concreto, de los gobiernos de ARENA.

Algunos de ellos dirán que ya tenían dinero y quizás sea cierto. Pero al escarbar un poco la trayectoria histórica de los grupos de poder de El Salvador, en particular, a lo largo del siglo XX, sale a relucir —antes como ahora— la complicidad estatal. Y es que El Salvador, salvo algunos interludios, en los cuales insinuó algún tipo de autonomía (relativa), el Estado ha servido expresamente (aunque de forma diferenciada) a los intereses de los grupos de poder económico. De modo que la experiencia de los gobiernos de Cristiani, Calderón y Flores no fue del todo nueva. Ellos retomaron (tras desembarazarse de la herencia estatista de José Napoleón Duarte) la vieja práctica de poner al Estado al servicio de determinadas familias y empresas las cuales, hoy por hoy, forman el exclusivo círculo de los ricos más ricos de El Salvador. Privatizaciones, dolarización, apertura económica, liberalización, tratados comerciales..., todas estas acciones han hecho de quienes ya eran ricos gente más rica y de quienes lo eran menos (o no lo eran) unos nuevos ricos.

Así, pues, el éxito del que ahora tanto presumen los grandes empresarios salvadoreños no es



resultado de su tenacidad y arrojo, de los que tanto alarde hacen sus figuras más emblemáticas. El apoyo del Estado, al precio de su debilitamiento, ha sido crucial. Empresas y familias que no han gozado de este padrino, han fracasado de una forma estrepitosa, muchas veces devoradas financieramente por quienes hasta hace poco les habían hecho creer que, en el mundo de los ricos (y a los ojos del Estado), todos eran iguales.

No hay mentira más grande que esa, porque los ricos más ricos de El Salvador lo son porque no son iguales, ni a la mayoría de salvadoreños, ni a quienes son sus socios menores. Más aún, estos últimos son un obstáculo a vencer (esto es, a destruir), en la competencia feroz, por “comerse al mundo”, es decir, por concentrar la mayor riqueza posible. En esta competencia feroz, triunfan (tienen éxito) las familias y empresas “todo terreno”, las dispuestas a pasar por encima de quien sea, las capaces de mover todas las piezas disponibles. Triunfan (o han triunfado) aquellas que, entre otras piezas, han movido a su favor el aparato del Estado, para lo cual ha sido clave la imbricación de sus intereses con los de las cúpulas de ARENA. Las familias y empresas que han quebrado (o que corren el riesgo de ser aplastadas por esa competencia desigual del mercado empresarial salvadoreño) son las que fracasaron en su intento por cooptar a su favor al Estado.

Los ricos más ricos de El Salvador deben mucho de lo que tienen a este, al cual, desde principios de los años noventa, han usado a su antojo. Ahora son más ricos y prósperos que cuando el país estaba en guerra. Se ufanan de su riqueza y prosperidad, al punto de haberse hecho con una publicación dedicada a exaltar su éxito. Con todo y lo que “El: economista” oculta sobre los procedimientos, muchas veces tramposo y turbio, con el cual ese éxito ha sido construido y sobre lo oneroso que le ha resultado al país la voracidad de “sus ricos”, en sus páginas queda en claro que en El Salvador, hay dinero y que este está concentrado en unas cuantas familias y empresarios privilegiados —cuyos nombres, caras y trayectorias la mencionada publica-

ción pone al alcance de sus lectores—, ajenos a la realidad de la mayor parte de la población.

Han usado al Estado a su antojo, lo han saqueado y lo han debilitado. Ellos tienen dinero de sobra, mientras que el Estado a duras penas puede enfrentar sus compromisos financieros y de inversión social, porque sus ingresos son escasos. Como expertos que son en el arte de amasar dinero, sin reparar en nada, tienen la convicción —heredada de la vieja oligarquía— de que esa riqueza y esos privilegios no se comparten con nadie. Los funcionarios los respetan y los temen, cuando no son sus cómplices complacientes en el negocio de expoliar a quien tenga algo que ofender, en este altar sagrado de sus empresas. Tienen al país en sus manos y van a la caza de Centroamérica. Se precian de acaparar riqueza sin cesar y sobran intelectuales y periodistas que aplaudan esa voracidad, se identifiquen con ellos y los presenten como modelos para todos, modelos de los cuales solo los envidiosos (es decir, los fracasados) no se pueden sentir orgullosos.

Un verdadero fracaso como actores de un proyecto viable de país: eso es lo que son los ricos más ricos de El Salvador. Lo que los enorgullece —y es aplaudido por quienes están dispuestos a vender su dignidad, por unos cuantos dólares— es lo que está llevando a un callejón sin salida a la sociedad salvadoreña. De modo que no hay razón alguna para alegrarse por el aumento de sus activos, sus fusiones, sus expansiones y sus otras conquistas, de las cuales hacen tanto alarde. Están acabando con el país, están haciendo todo lo que está a su alcance para que El Salvador se deteriore hasta niveles irreversibles, en lo económico, social, lo medioambiental y lo cultural. Por respeto hacia los salvadoreños que están en el límite de la subsistencia y por dignidad no hay que aplaudir ni hacer coro, tampoco admirar o envidiar a los ricos más ricos de El Salvador.

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ
Director del CIDAI
San Salvador, 22 de julio de 2005.